

Entre los centros y los márgenes. Historia de tres mujeres

James S. Amelang

Glikl bas Judah Leib –es decir, Glikl, hija de Judah Leib, más conocida por varias generaciones de lectores como Glückel de Hameln– nació en Hamburgo en 1646. Se casó a la edad de trece años y durante tres décadas se dedicó a dos tareas. La primera fue la crianza y educación de los catorce hijos que tuvo con su esposo Haim, un mercader especializado en cambios financieros. La otra era su incesante actividad comercial, financiera e industrial, que le convirtió en una figura de cierto relieve entre las comunidades judías del norte de Alemania. En el año 1700 se desplazó a la ciudad de Metz, en la frontera oriental de Francia. Allí murió en 1724, viuda de su segundo esposo y respetada cabeza de una familia numerosa y bastante próspera, a pesar de los constantes altibajos de fortuna que marcaron la historia de esta y tantas otras familias judías de la época.

Marie Guyart nació en 1599, hija de un panadero de la ciudad francesa de Tours. Como en el caso de Glikl, se convirtió en viuda, pero a diferencia del camino seguido por la comerciante judía, Guyart no encontró consuelo en su familia, sino en la religión. Abandonó a su hijo de once años y a su anciano padre y entró en un convento de ursulinas, momento en el que adoptó el nombre de Marie de l'Incarnation. Entre sus muros se dedicó a una intensa vida mística hasta que en 1639 se marchó a Canadá.



Natalie Zemon Davis,
*Mujeres de los márgenes:
Tres vidas del siglo XVII,*

traducción de Carmen Martínez Gimeno (Colección "Feminismos", de Ediciones Cátedra, Universitat de València, Instituto de la Mujer; Madrid, Valencia, 1999; edición original Harvard University Press, 1995), 418 págs.

Allí acompañó a los jesuitas en su labor de evangelizar a los iroqueses y los demás indios aliados con los franceses. Además de fundar un convento y una escuela para las indígenas conversas, escribió varias obras de espiritualidad, incluyendo catequismos en las lenguas hurón y algonquín. Nunca volvió a Francia, muriendo en Quebec en 1672.

Maria Sibylla Merian (1647-1717) compaginó sus considerables dotes artísticas –era una pintora especializada en la descripción minuciosa de la naturaleza– con unos amplios conocimientos científicos, sobre todo de botánica y entomología. Un largo viaje a Surinam entre 1699 y 1701 consolidó su reputación europea como experta naturalista y sirvió para confirmar su pertenencia a la generación pionera de viajeros científicos de la Ilustración europea. Su *Metamorfosis de los insectos de Surinam*, publicado con numerosas ilustraciones en Amsterdam en 1705, coronó una larga carrera dedicada al estudio y la representación artística de la naturaleza, una afición que le había llevado desde su ciudad natal de Frankfurt am Main hasta Holanda y después a sus colonias de ultramar. ¿Qué tenían en común estas tres figuras, además de ser mujeres que vivieron y trabajaron en el siglo XVII? En primer lugar, las tres son escritoras. Glikl empezó a escribir

después de la muerte de su primer esposo, «para combatir los pensamientos melancólicos que vinieron... durante muchas noches sin sueño». Así se convirtió en la primera mujer judía de la que tenemos conocimiento, que fue autora de una autobiografía. En este texto, escrito en yídish –la «Vayber Taysch», o lengua de las mujeres– ella mezclaba el relato de su vida con consejos prácticos y morales dirigidos a sus hijos. En esto seguía el modelo judío de los «testamentos éticos», es decir, compilaciones de experiencias personales y enseñanzas mora-

les que sirvieron como ejemplos para los descendientes. La originalidad de Glikl, sin embargo, estribaba en su decisión de incluir en el texto una docena de cuentos provenientes de la riquísima tradición oral de los judíos de la Europa central y oriental. Intercaló estas historias con episodios de su propia vida con el fin de ampliar la dimensión de comentario moral y religioso del texto. El resultado es una narrativa directa, sencilla y dotada de una fuerza emotiva nada común, que sigue siendo una de las principales fuentes para el conocimiento de la historia de los judíos en el norte de Europa durante la Edad Moderna.

Marie de l'Incarnation también se dedicaba a la autobiografía, en este caso espiritual. Su escritura en primera persona tuvo sus orígenes en la abundante correspondencia que mantuvo con su hijo Claude Martin, monje benedictino y posteriormente editor de sus obras. Siguiendo sus consejos, escribió dos relatos de la evolución de sus actividades y actitudes religiosas. Una primera etapa cubría la lenta aparición de sus dotes místicas antes y después de profesar como monja. Mucho menos corrientes, sin embargo, eran las experiencias de su etapa canadiense. Su anterior preocupación por la autenticidad de su inspiración divina ahora se rinde ante cuestiones mucho más prácticas de organización de la ardua tarea de evangelización de los indios. El resultado es un texto híbrido, que permite al lector seguir los avatares de una vocación que desemboca en una mezcla intensamente personal de mística y misión. Por su parte, mientras Maria Sibylla Merian no compuso ningún texto autobiográfico, Davis reconstruye una buena parte de su itinerario personal a través de la lectura de los dibujos, pinturas y libros naturalistas que le reportaron fama internacional. Hija del conocido grabador y cartógrafo Mathias Merian, había recibido una educación que hizo posible su incorporación a los círculos científicos y eruditos, dispuestos a acoger las múltiples aportaciones de una joven tan prodigiosa. Desde allí hizo una contribución personalísima a la nueva ciencia a partir de sus

observaciones empíricas, llevadas a cabo sobre todo durante su azaroso viaje a Surinam.

Un segundo rasgo compartido por estas mujeres es la importancia de la religión en sus vidas. El caso de Marie Guyart es claro; ella dedicó su vida a fines espirituales, dirigiendo sus escritos y esfuerzos hacia el servicio de Dios. En esto tuvo un modelo bastante próximo, el de la recién canonizada Teresa de Ávila, cuya *Vida* había leído antes de profesar como monja. Pero no era la única de las tres con inquietudes religiosas. En 1685 Maria Sibylla Merian se convirtió a una secta pietista, los «labadistas» o seguidores del predicador Jean de Labadie. Convencida del valor de esta vía colectiva hacia la perfección espiritual, dejó a su marido para empezar una nueva vida en la comunidad religiosa de Wieuwerd en los Países Bajos. Esta experiencia duró unos seis años, después de la cual se trasladó a Amsterdam. No sabemos los motivos de esta decisión, pero nunca perdió de vista la trascendencia espiritual de sus obras científicas. Para ella, estudiar y representar la naturaleza era alabar la creación de Dios, que seguía siendo un misterio divino cuyo desciframiento estaba al alcance de hombres y mujeres capaces de identificar el conocimiento y la virtud. «Me inclino a presentar estos milagros de Dios al mundo en un librito», escribió en 1679. «Pero no me alabéis y honréis por ello; alabad sólo a Dios, glorificándolo como el creador de hasta los más pequeños e insignificantes de estos gusanos».

El tercer miembro de este trío, Glikl, también alababa a su Dios, pero no desde la unión mística ni el estudio científico, sino desde la rectitud y el afán a las buenas obras que intentó enseñar a sus hijos. Para ella los hombres y las mujeres entraban en contacto con Dios cada día a través de los preceptos y ritos heredados de sus antepasados. Pero esto no significaba una aceptación ciega de la voluntad divina. Más allá de las invocaciones y oraciones rituales que llenan las páginas de su libro hay una testaruda insistencia en saber el por qué de varios de sus reveses. «La autobiografía de Glikl», escribe

Davis, «no es sólo una vida y una enseñanza moral dispuesta para sus hijos, ni sólo un escrito comenzado para distraerse de la melancolía. También es un lamento al Señor, que en cierto sentido es su lector; plantea una vez más sus aflicciones, al tiempo que explora el significado del sufrimiento y trata de encontrar un modo de aceptar lo que Dios manda».

Finalmente, lo que más une a estas tres vidas es un destino común, la existencia en los márgenes de sus respectivas sociedades y culturas dictada por su condición femenina y, en el caso de Glikl, por su religión. A pesar de las evidentes diferencias confesionales— una era judía, otra católica y la tercera protestante— las tres tenían que hacer el mismo esfuerzo para que sus voces fueran escuchadas en el entorno en que vivían. Según Davis, esta marginalidad, lejos de ser un obstáculo insuperable, les confería una sensibilidad especial e incluso les daba un sentido de solidaridad hacia otras personas relacionadas de la misma manera con las estructuras del poder. Esto es lo que explica la presencia en sus obras de voces provenientes de los márgenes geográficos y culturales de Europa. Guyart y Merian no sólo viajaron a estas fronteras. Una vez allí incorporaron en sus escritos lo que habían aprendido de los indígenas norteamericanos y los esclavos africanos de Surinam, y sobre todo de las mujeres de entre ellos. En las palabras de Davis, «partiendo de su experiencia como mujeres, que incluía las conversaciones con las mujeres, y de su actitud vocacional —el entusiasmo misionero de una, el estilo científico de la otra— elaboraron modos de pensar sobre los no europeos que moderaban las afirmaciones de superioridad efectuadas por sus contemporáneos masculinos». Sus obras constituyen un legado cultural que hace repensar el binomio de centro y margen, y la jerarquía de valor que asigna un lugar superior al primero. «En los tres casos las visiones y los artefactos culturales— la autobiografía historiada, la expresión mística y la escritura desde el Nuevo Mundo, las historias de las vidas de los insectos en sus plantas— se crearon desde un lugar marginal. Pero ese lugar

no tenía la esterilidad o baja calidad asignada a la palabra «margen» en el uso económico moderno que piensa en términos de beneficios. Más bien era un espacio fronterizo entre los depósitos culturales que permitía nuevos crecimientos e híbridos sorprendentes.»

En el mundo angloamericano, y en los Estados Unidos en particular, Natalie Davis es conocida sobre todo por un libro, la antología de ensayos que apareció en 1975 bajo el título *Sociedad y cultura en la Francia moderna*. Para muchos estudiosos de la Edad Moderna, este libro marca un hito, un antes y un después comparable en su influencia al coetáneo *El queso y los gusanos* de Carlo Ginzburg, publicado el año siguiente. Pero tengo la impresión de que aquí en España Davis es más conocida como la autora de *El regreso de Martín Guerre*, y sobre todo como especialista en la historia de las mujeres. Naturalmente, la publicación de esta triple biografía de mujeres del siglo XVII no va a cambiar esta última apreciación, que tiende a privilegiar sólo una faceta de una trayectoria historiográfica considerablemente amplia. Pero sin lugar a dudas una lectura atenta de este texto ayudaría a transformar no sólo esta imagen, sino también uno de los tópicos más corrientes —y dicho sea de paso, más equivocados— sobre la historia de las mujeres: el de su unidimensionalidad. Es sencillamente imposible leer esta obra sin quedarse impresionado por la enorme versatilidad temática que subyace a estas tres biografías. Esta versatilidad se basa, claro está, en un esfuerzo de investigación poco común. Es fruto también de una atención al detalle que nace de una extraordinaria erudición y que abarca desde el folklore *askenazí* hasta los avatares de la ilustración botánica y entomológica. El resultado es una historia de las mujeres que somete la condición femenina a una serie de interrogantes mucho más extensa y ambiciosa que lo normal. En otras palabras: sin jamás perder de vista su punto de partida en la experiencia histórica de las mujeres, este libro —siguiendo literalmente los mismos pasos de sus protagonistas— emprende numerosos viajes

En las páginas de este libro el cambio y la continuidad parecen haber alcanzado un equilibrio poco usual.

entre los centros y los márgenes del mundo de su tiempo, un mundo no acotado por los confines de Europa, sino por el contrario, un mundo en el que buena parte de su historia se desarrolla precisamente más allá de esos límites.

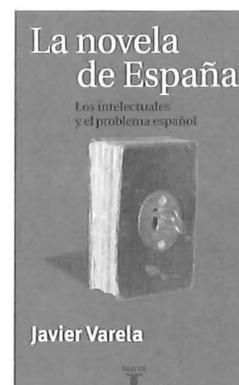
Esta amplitud intelectual es una de las dos fuentes de la excepcional riqueza analítica del libro. La otra es la inagotable curiosidad intelectual de su autora, reflejada en su capacidad de plantear preguntas imaginativas y de explorar vías de respuesta novedosas. Y es precisamente esta capacidad la que hace posible una nueva apreciación de Natalie Davis, como una figura que pueda servir como puente entre diferentes grupos de investigadores y lectores. Las generaciones más recientes —llamémoslas postmodernistas— encontrarán aquí una historia abierta y crítica con las categorías establecidas, una historia que cuida tanto sus múltiples interrogantes como las respuestas, y que se regocija explorando las contradicciones y complejidades de las cosas. Al mismo tiempo, los que se preocupan por la creciente desvinculación entre las tendencias culturales actuales y los fundamentos humanísticos y el rigor empírico que desde hace más de un siglo han caracterizado la historia profesional, encontrarán en esta obra una clara afirmación de estas tradicionales virtudes disciplinares. En las páginas de este libro el cambio y la continuidad parecen haber alcanzado un equilibrio poco usual. A partir de ello, se abre una vía hacia una prometedora renovación historiográfica, que responde a las nuevas preguntas que plantea echando mano a técnicas y conocimientos que han resistido bien el paso de mucho tiempo. Nada podría ser más acorde con el talante de esta singular historiadora, tan dotada de sensibilidad hacia los márgenes y las mezclas, lugares y oportunidades respectivamente de la misma creatividad e imaginación que con tanta consistencia impregnan la obra de Natalie Davis.

James Amelang es profesor del Departamento de Historia Moderna de la Universidad Autónoma de Madrid.

Obsesiones patrióticas: una visión asimétrica

Pau Viciano

Desde hace unos años, la literatura del Desastre, en forma de reediciones o de nuevas investigaciones y ensayos, ocupa un lugar destacado en los anaqueles de las librerías y en los suplementos culturales de la prensa más influyente. Este interés generalizado, sin embargo, no puede reducirse a la mera dimensión conmemorativa del 98. El fenómeno editorial no se agota en el mundo académico ni en el terreno de la memoria civil. Más allá del recuerdo de la humillación del león español y de las repercusiones que entonces tuvo el Desastre en la política y en las conciencias, buena parte de estas publicaciones retoman el «problema de España» desde una perspectiva actual. La de otro cambio de siglo que desvela nuevas amenazas sobre la idea —por decirlo así— oficialmente establecida de la nación española. El cuestionamiento de los Estados nacionales por arriba —resultado de la integración europea y de los efectos de la globalización— y por abajo —debido a las reivindicaciones culturales y políticas de las nacionalidades—, ciertamente no constituye un fenómeno peculiar del país, pero es vivido con una singular desazón por algunos sectores de la intelectualidad hispana. En estas circunstancias, un historiador de la talla de Javier Varela se ha visto impulsado en más de



Javier Varela,

La novela de España. Los intelectuales y el problema español, Taurus, Madrid, 1999, 427 pp.